

ARTE, AMOR Y TODO LO DEMAS

Los estrenos vistos desde el guardarropas

UNA DE INDIOS

Es una de indios, como todas las de indios, con Buffalo Bill y el coronel Custer y toda aquella gente, pero no se entiende nada, porque resulta que los indios viven en medio de una ciudad civilizada de Norteamérica, pero que se ve que tampoco es Norteamérica, que es París, eso a la legua, que estuve yo una vez con un viaje Meliá, no el gordito de las Cortes, el otro Meliá, o sea, el que te lleva de viaje.

La de indios se llama «No tocar a la mujer blanca», pero a la mujer blanca nadie le toca nada, que parece que la cosa no va por ahí, lo cual que es raro, tratándose de una película de Ferreri, que siempre le mete morbo y potramen, pero todo el tiempo se lo pasa Custer dando taconazos, como aquí el municipal cuando le preguntas una calle, y Buffalo Bill fumando un puro, sin matar indios ni nada, y los indios, que parecen hojalateros de Orcasitas, más que cherokees, comen fruta y se están en el solar de una obra esperando que venga Mastroianni a cepillárselos. O sea, mucha denuncia social, la bandera de los U. S. A. hecha una braga, que hay que ver el poco respeto que le tiene todo el mundo a esa bandera, el capitalismo contra la pobre tribu de hojalateros sin hojalata, el mercado de Les Halles que se viene abajo, sin que se sepa por qué, y la Catherine Deneuve que no enseña esa lencería fina de «Marie-Claire» que ella saca siempre en los momentos de cama, porque aquí no hay momentos de cama. Bueno, hay uno, pero en el extranjero debe ser de otra manera. En el llamado extranjero, un amigo mío, o sea del barrio, que está de friegaplatos, dice que la ha visto y que todos los indios, o sea, los hojalateros, se la cepillan a la Catherine, como sacrificio a Manitu y en honor de Toro Sentado. Para que luego digan aquí que ha empezado la concordia. Lo primero quitar la censura, macho.

Como mensaje sí que tiene mensaje la cinta, o sea, el film, y se carga a los yanquis y lo que haga falta, que es una peli progre, pero aburrida, concienciada, pero coñazo. Que con el testimonio no basta, don Marco, que no es usted Fellini, qué le vamos a hacer, hombre. No todo se arregla con ser italiano y rojo. Conviene, además, a ser posible, llamarse Federico Fellini. ■ T. O.



«La venganza» de Bardem

Setecientas bocas llenas pidiendo libertad podía ser el resumen gráfico de la cenahomenaje que ofrecieron a Juan Antonio Bardem los directores del cine español (perdón, sólo el 95% de esos directores ya que el 5% restante, que curiosamente es el que representa sindicalmente a todos, no tiene por qué pensar de idéntica forma sino, al contrario, mantenerse aislado en su pequeño bunker fantasmal). Bardem, como se sabe, había sido el presidente de la Agrupación Sindical de Directores de Cine durante quince años, y cuando ha ido a renovarse el cargo electoralmente, ante el temor de que fuera elegido de nuevo, se ha puesto en marcha un curioso sis-

tema discriminador por el que la mayoría de los directores (donde hay nombres como Erice, Berlanga, Coll, Mercero, Picano, Patino, entre otros doscientos) no pudieron ejercer su derecho al voto. Conclusión: entre los que no podían y entre los que se negaron a hacerlo en protesta por esa discriminación, sólo hubo 14 votos (el 5% del censo) que es ahora el que ostenta la vanagloria de una representatividad que no parece estar acorde con la cenahomenaje a la que nos referimos. En ella, setecientas personas votaron a Bardem indicando así tanto su apoyo a la gestión que éste ha realizado durante tanto tiempo como su protesta por ese curioso sistema de elecciones que hace que casi nadie pueda votar.

En la cena hubo de todo. Entre unas cosas y otras podría decirse que circuló todo el mundo de la gastronomía y del cine (con abundantes telegramas de adhesión de profesionales extranjeros

de renombre, fama y esplendor) para concretarse en una postura común: la de defender el derecho a la libertad, entendida ésta no sólo en la posibilidad de reunirse y expresarse, sino en la de liberar; con una amplia amnistía, a cuantos hoy no pueden disponer, por problemas políticos, de esa libertad mínima de pasearse por las calles. Es el tema del día, y aun cuando Bardem dijera que sólo se estaban pidiendo cosas reconocidas ya en la Constitución de 1812, no es menos cierto que los tiempos no parecen haber pasado para muchos. Así tuvieron que recordárselo los cineastas catalanes a don Eduardo de Manzanos, productor y director de películas, que había escrito previamente una carta a Bardem en un tono literario e ideológico propio de imperios trasnochados. Los catalanes concluían su respuesta: «recomendamos al Sr. Manzanos que vivimos en noviembre de mil novecientos setenta y cinco». Y es que, aunque resulte paradójico, no está tan clara esta evidencia. El 5% citado no parece haberlo entendido. Ni el restaurante donde se ofreció la cena que, por quinientas pesetas barba, servía insípidos artilugios de nombres pomposos, gozando así del esplendor incondicional de quienes no habían ido allí a degustar exquisiteces exóticas. Son estas las miserias de los homenajes gastronómicos. Las grandezas, en cambio, acaban por destacar en el instante: Bardem, salvo para algunos de sus actores protagonistas que tenían interés en no complicarse la vida o en no forzar sus horarios, fue apoyado de una manera aplastante por tanta gente como permitía el lugar de la reunión. Y luego dicen que los votos no sirven para nada: ¡Que se lo digan a los restaurantes! ■ DIEGO GALAN.



CANCION:

De Carmiña Martín Gayte, el ejemplo

Si, fue Labordeta. Como los libros de versos no son las memorias de Uri Geller ni los reportajes de Pepe Oneto encuadrados, y no vendía una rosca de las tiradas de tres mil ejemplares, se puso a cantar. Fue el primero. Después, la tira. Y ahora, las mujeres. Carmiña Martín Gayte («Entre visillos», «Ritmo lento», una novelista de cinco estrellas; una ensayista de no te menees, con la madre que parió a Macanaz), se